



De los graznidos al canto

From cawing to singing

Evelyn Huarcaya¹ 

Ni siquiera sé el día de mi nacimiento. Solo sé que nací en Vilcashuamán, Ayacucho.

Mi primera memoria es de cuando estaba durmiendo sola en la casa y un pato me cosquilleó. Eran como las seis de la tarde, ya oscuro. Nadie en el pueblo tenía pato. Eso puede haber sido un fantasma, no sé. Tampoco recuerdo la edad que tenía. A partir de entonces, no dejo que nadie me haga cosquillas.

Mi mamá me contaba que, en Monticucho, me encargó con mi abuelita por dos días. Cuando volvió, la abuelita ya no quiso devolverme; decía que se había acostumbrado. Viví con ella hasta que falleció. Después, regresé con mi madre.

Con ella la vida no fue fácil. Yo trabajaba y estudiaba como podía. Ayudaba a la profesora con sus hijos: los cuidaba, la acompañaba. A veces ella me regalaba zapatitos. Creo que a la profesora la buscaban, por eso quería que me quedara con ella.

A mi mamá no le importaba si habíamos comido o si íbamos al colegio. Éramos nueve hermanos, y estábamos abandonaditos. Cuando llegaba marzo, tocaban la cornetilla para la matrícula. Yo estaba en el cerro cuidando al chanco. Apenas escuchaba la corneta, lo dejaba y corría a inscribirme.

Para comprar cuadernos y lápices arrancaba lana de las ovejas de la calle, la ovillaba a escondidas y la vendía. Esas platitas me servían para comprar mis cosas y estudiar. Así, así aprendí.

¹ Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, Perú. Investigadora y docente universitaria; magíster en Literatura Peruana y Latinoamericana. Correo electrónico: evelyn.huarcaya@unmsm.edu.pe. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2812-6484> DOI: <https://doi.org/10.15517/wgqjg24>
Recepción: 14/9/2025 Aceptación: 3/11/2025



Mi profesor se llamaba Julio Chuchón. Gracias a él descubrí la lectura. La primera vez que me sacaron a la pizarra dijo: «Con la Ch vamos a formar palabras». Yo pensé un rato y escribí «micha», como le decíamos a los hilos de las velas. En mi pueblo esa palabra no era solo un hilo: era el fuego que alumbraba la casa, la luz que mi abuelita encendía al caer la tarde. El profesor enseñaba en quechua y en castellano, y yo sentía que mi lengua, la de la casa, también servía para aprender.

A veces cortaba cebolla china y la cambiaba en los pueblos por cebada o lo que me dieran. Siempre andaba buscando comida. Mi padre trabajaba solo para tomar. Algunos padres trabajaban la chacra para sus hijos; los míos no. Cuando salía del colegio cocinaba rapidito para mis hermanos. No sé qué hacía mi madre.

Una vez le reclamé. Hace poco. Pero ya la perdoné. Era ignorante; no sabía más. Antes sí tenía rencor; ahora ya no.

En el colegio me gustaba el deporte. Viajábamos de pueblo en pueblo a competir en torneos. Mi madre nunca quiso dejarme ir: quería que cuide sus chanchos y cabras. Igual me escapaba.

Tuve que dejar la primaria en segundo año, porque de día trabajaba y de noche estudiaba, pero las clases nocturnas eran malas. Los alumnos no aprendían y la profesora se dedicaba solo a ellos. Yo, que quería aprender más, me aburría.

Con los estudios trancos y las necesidades en la casa, la vida me empujó a trabajar. Una vez en la feria, una señora que vendía en el suelo me dijo:

—¿No quieres trabajar?

—Sí, quiero.

—Hay que pedir permiso a tu mamá.

Le rogué y me dejó. Así empecé a ayudar en la chacra y en la casa de doña Sofía y su esposo Maximiliano. Sus hijos eran Edgar y Florabel. Él era guachimán del colegio General Córdova.



Esa fue mi primera chamba estable; antes solo hacía cachuelos. Así empezó otra etapa, distinta, pero también dura.

Doña Sofía era buena. Me enseñó a cocinar. Su esposo pasaba días y noches en el colegio, y en la casa alquilaban cuartos. Yo, al regresar del colegio, ponía una piedra en la puerta para que nadie entrara.

Una noche encontré la piedra puesta por dentro. Toqué para que algún inquilino me abriera. Me jalaron... y...

Ya no quiero contar lo que pasó. Solo recuerdo aquel mismo silencio, el del pato, revoloteando dentro de mí.

No dije nada. Me dio vergüenza. De esas cosas no se hablaba. El cuerpo era un secreto.

II

El silencio siguió acompañándome. Una de mis tías enfermó de prolapso. No quiso ir al doctor. «A ver tú, enséñale la parte mala», le decía ella a su esposo. Mi madre nunca habló de sexo. Todo era vergüenza, graznidos de pato a lo lejos.

De lo mío tampoco conté nada. Solo me daba sueño. Sabía lo que pasaba con mi barriga porque la había visto crecer en mi mamá cuando tuvo a mis hermanos. Mi patrona lo notó a los ocho meses. Quiso denunciar, pero en la comisaría escribieron que había sido consentido. No hicieron nada más. Solo presionaron al hombre para que se hiciera cargo, le retuvieron su certificado de estudios. Pero él escapó, se fue y nunca respondió por nada.

Así nació Davicho. Seguí un mes con mi patrona, pero no pude continuar: con el bebé era imposible trabajar. Me fui con mi madre. Una vez, cerca del río, casi se me cayó. Lo salvamos de milagro. A veces pienso que la vida quiso probarme desde temprano.



Entonces empezó otro silencio, uno nuevo, que me llevaría lejos, hacia Lima. Antes de llegar, trabajé un tiempo con Marcelina, lavando ropa y cocinando. Poco después apareció Alejandrina, hermana de Maximiliano, quien me recogió con mi hijo y nos llevó en avión a la capital.

Su casa quedaba en Salamanca. Su hijo Wilner tenía poliomielitis y yo lo llevaba al hospital San Juan de Dios. Cuando me tocaba trabajar, Davicho se quedaba en el sótano, a veces llorando hasta dormirse, sucio, con sus heces en la cara. Sufrió mucho. Tenía apenas un año y medio. Permanecí casi siete años en esa casa.

Por entonces David tenía seis, y no querían soltarme ni pagarme. «Tu hijo come acá», me decían. Yo quería irme, pero Alejandrina amenazaba: «Si te vas, te irás sola. Tu hijo se queda». Sabía que lo decía para retenerme, porque entendía que nunca me marcharía sin él. Pensaban que, por haberle dado comida, mi hijo les pertenecía. Querían tenerlo como rehén, asegurar mi obediencia a través de él.

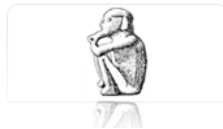
Me callé, como tantas veces antes. Hasta que un día me armé de valor. Aproveché que su esposo estaba en casa y le dije: «Me voy». Él respondió: «Ándate, pues». Cogí la ropita de David en una caja y salí, a las seis de la tarde.

III

La libertad no fue fácil, pero al menos era mía. Encontré trabajo en el restaurante de Lalo. Allí sí me pagaban y había comida. Mi hijo estudió la primaria mientras yo trabajaba de ocho de la mañana a once de la noche. Al comienzo vivimos con mi tío Pánfilo; después alquilé un cuarto cerca del restaurante.

Le pedí al dueño que dejara quedarse a David conmigo. Jugaba con su hijo, y hasta los coroneles que iban a comer al local lo engreían con gelatina y flan.

Con Lalo conocí a Rosa, la cocinera, que se convirtió en mi amiga. También a Nelly, que me hablaba siempre de un amigo suyo: «Es buena persona, quiero presentártelo».



Por esos días, yo pensaba mucho en mis hermanos. Somos nueve. Poco a poco iban llegando a Lima, y con el tiempo los fui buscando, hasta que nos reencontramos. Algunos sufrieron, durmieron en gallineros. Otros se establecieron. Al final volvimos a tener contacto.

Fue en esa época que conocí a Juan. Nelly nos presentó en su cumpleaños. Él dijo que era palero, pero yo sabía que en realidad era cocinero. Apenas cruzamos palabra aquella vez. Más tarde coincidimos en una pollada: discutió por celos al verme bailar con un vecino y yo, firme, le puse un alto. Davicho, también celoso, lo pateó. Juan se sorprendió:

—¿Y este niño quién es?

—Mi hijo —respondí.

Ese instante, sencillo y abrupto, marcó el inicio de otra historia. Al comienzo nos veíamos de manera esporádica, pero poco a poco la cercanía se volvió costumbre. Con Juan, por fin, las cosas empezaron a tomar otro rumbo. Muy pronto ya nos sentíamos una familia. Íbamos al cine y Davicho, en la cola, se metía entre los dos, como guardián. Una vez fuimos a la Plaza San Martín a ver una película. No vivíamos juntos todavía, pero ya parecíamos estarlo.

Con el tiempo decidimos compartir techo. Tuvimos dos hijas más. David también lo aceptó.

Lo que más valoro de Juan es que es un buen hombre: escucha, trabaja; dejó un vicio por mí. Nunca me dio un motivo para separarme.

La vida sigue siendo un misterio, como aquel pato extraño que me acompañó en la infancia; pero ahora, junto a Juan y mis hijos, ese misterio ya no asusta. Más bien se vuelve amable, como un secreto que todavía guarda nuevas formas de ternura.



Esta obra está disponible bajo una licencia <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>